

CRÍTICA / REVIEWS

Max Wigram Gallery (Londres)

Mustafa Hulusi

JAIME GILI

Desde hace años Mustafa Hulusi desarrolla una campaña esporádica con grandes pósters en el eje artístico del Este de Londres. En ellos, con diseño claro y efectivo, repite, simplemente, su nombre. Su campaña viral ha sido, más que las contadas presentaciones de su trabajo en muestras colectivas, la que ha hecho de Hulusi un nombre habitual en la escena londinense actual. La buena localización de las intervenciones —como la caja de luz que tiene instalada en Hoxton Square— hace que utilice el sistema del arte local totalmente a su favor, aun antes de pertenecer a él al cien por cien, como si firmando la zona con sus pósters se apropiara no solo del mundo del arte, sino que también hiciera suyo el resto de esta parte incompleta de la ciudad. Su nombre en los carteles nos habla de las diferencias que existen entre las paredes blancas y la regeneración privada de galerías como el White Cube en directo contraste con la pobreza de una zona como Hoxton, con su vivienda social degradadísima y sus decenas de “sin techo”.

En las distintas facetas de su trabajo, lo político desempeña un papel importante, a veces con la inmediatez de un cartel publicitario, como en la serigrafía con ribetes dorados y letras floreadas en la que se lee un contundente “Fuera las tropas Británicas de Afganistán, Irak, Irlanda, Chipre...” etcétera, a veces con grades dosis de

cinismo, como en las pinturas que presenta en su primera muestra individual en la galería de Max Wigram.

Nos reciben en el espacio tres grandes óleos deliciosamente fotorrealistas que parecen haber sido pintados por un pintor oficial maoísta para algún funcionario. Sería posible, de hecho, que Hulusi las hubiera encargado en China, buscando precio y calidad. Esto, aunque no es cierto, sería consecuente con su modo de aprovecharse de su ser británico o extranjero según convenga (Hulusi, nacido en 1971, es británico de origen turco-chipriota) y de jugar con las expectativas que los locales tienen sobre el comportamiento político de los foráneos según su origen. Los lienzos presentan escenas bucólicas, con manos femeninas acercándose a flores o frutos en jardines primaverales. Nada más, pero en el más claro estilo del vacío decorativo, en el más claro esteticismo que, de tan perfecto, no puede ni caer en el mal gusto. Estas pinturas están cargadas de rabia y esperanza, como la lucha de la izquierda utopista en un mundo que deja



Mustafa Hulusi, "Untitled (White Lilly and Hand)", 2005, óleo sobre tela, 13,4 x 304,8 cm.

los sueños al dormir o al yugo de las hipotecas. Hulusi juega con sus ideales actuando incorrectamente, como el capitalista más inescrupuloso. Utiliza las contradicciones de la sociedad urbana para establecer una confrontación, porque sabe que las críticas sutiles, a estas alturas de la historia, son leídas solo por los de nuestro bando. ■

For years Mustafa Hulusi has been carrying out a sporadic campaign based on large posters in the artistic axis of East London. In them, using a clear and effective design, he, simply, repeats his name. His viral campaign has been, more than the few presentations of his work in collective exhibitions, what has made Hulusi a regular name on the contemporary London scene. The good location of the interventions —like the light box he has installed in Hoxton Square— allows him to use the local art system totally in his favour, even before belonging to it one hundred percent, as if by signing the area with his posters he were not only appropriating the art world, but also monopolising the rest of that incomplete part of the city. His name on the posters is telling of the differences that exist between the white walls and the private regeneration of galleries like the White Cube, in direct contrast with the poverty of an area like Hoxton, with its extremely degraded social housing and dozens of “homeless.”

Political elements play an important role in the different facets of his work. Sometimes with the immediateness of an advertisement, like in the silk

screening with golden edging and flourished writing which voices a categorical statement “British troops out of Afghanistan, Iraq, Ireland, Cyprus...” etcetera. Sometimes with large doses of cynicism, like in the paintings on show in his first solo exhibition at the Max Wigram gallery.

We are welcomed by three large deliciously photo-realistic oil paintings that seem to have been painted by an official Maoist painter for a civil servant. In fact, Hulusi could actually have commissioned them in China, pursuing value for money. This, albeit not true, would be consistent with his way of taking advantage of being British or foreign as best suits him (Hulusi, born in 1971, is British of Turkish-Cypriot origin) and playing with the expectations the locals have regarding the political behaviour of foreigners depending on their origin. The canvases present bucolic scenes, with female hands moving towards flowers or fruits in spring gardens. That is all. Yet he creates his works using the clearest style of decorative emptiness and an aestheticism that is so perfect that it cannot even be termed as bad taste. These paintings are loaded with rage and hope, like the fight of the Utopian left in a world that leaves dreams to the sleeping and is under the yoke of mortgages. Hulusi plays with his ideals by acting incorrectly, like the most unscrupulous capitalist. He uses the contradictions of the urban society to enact his confrontations, because he knows that, nowadays, subtle criticism is only read by those who are on our side. ■

Translation: Laura F. Farhall

Jaime Gili, *Mustafa Hulusi*, Lapis Magazine, Issue 219, 2006, p.89